

Nos sentamos todos en nuestro rincón, encendemos nuestra vela, nos relajamos y hacemos silencio. Nos ponemos en presencia de Dios. *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.*



PARA COMENZAR

Esta Semana Santa 2020 está resultando extraña, pues no podemos ir a la iglesia, ni participar de los sacramentos. Ante esto puede surgir una dificultad particular, que es el de la culpabilidad. Pero hay formas de sentirse culpable que no son cristianas, pues no experimentan el Amor de Dios.

En la familia me puedo sentir cristianamente culpable cuando he herido a alguien, cuando no he ayudado, cuando no construyo desde el amor y la paz. El otro es el que nos da la perspectiva. Sólo en esta culpabilidad que habla de relación con los demás tiene cabida el perdón cristiano. Desde aquí, la reconciliación cristiana nos libera, pues nos abre al futuro más allá de lo que hayamos hecho. El ejemplo claro de la culpa cristiana es San Pedro, que tras negar a Jesús y arrepentirse de haberle fallado, se siente perdonado y comienza una realidad nueva que le lleva incluso a ser cabeza de la Iglesia en Roma. Es un hombre perdonado y que se siente amado.

Pero también hay formas de entender el pecado de modo no cristiano: como tabú o prohibición; como narcisismo donde no nos permitimos cometer un fallo y busco el perdón para restaurar mi imagen, como un maquillaje. Y por último como trasgresión de las normas, donde el perdón se convierte en una especie de "pagar la multa". El ejemplo más claro de este tipo de culpabilidad es Judas, al igual que San Pedro, falla a Jesús, lo traiciona, pero su culpa es autorreferencial, él es el centro, no el otro. Ya sabemos cómo acaba Judas.

La propuesta para hoy, desde el Evangelio, es que podamos orar con estos dos personajes y pedirle a Jesús que nos ayude a vivir la culpa más como Pedro y no tanto como Judas.



LA PALABRA DE DIOS

Disponemos nuestro corazón con amor para escuchar su Palabra. Comenzamos por la culpa de Pedro:

Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: no sé lo que dices. Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: también éste estaba con Jesús el nazareno. Pero él negó otra vez con juramento: no conozco al hombre. Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: no conozco al hombre. Y enseguida cantó el gallo. Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente. (Mt 26, 69-75)

Seguimos por la culpa de Judas

Todavía estaba hablando Jesús cuando se apareció una turba, y al frente iba uno de los Doce, el que se llamaba Judas. Este se acercó a Jesús para besarlo, pero Jesús le preguntó: —Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del hombre? (Lc 22, 47-48). Cuando Judas, el que lo había traicionado, vio que habían condenado a Jesús, sintió remordimiento y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos. —He pecado —les dijo— porque he entregado sangre inocente. — ¿Y eso a nosotros qué nos importa? —respondieron—. ¡Allá tú! Entonces Judas arrojó el dinero en el santuario y salió de allí. Luego fue y se ahorcó. (Mt 27, 3-5).



UN GESTO

Orando junto a mi familia, contemplo el rostro de Jesús, que me mira con cariño, y como un amigo habla con otro amigo le hablo de mis pecados, de mis culpas, de cómo las vivo. Me dejo mirar por Él, sanar y liberar. Miro a mi familia y pienso en mi pecado contra ellos, contra mí. Dejo que el Señor toque esa herida y la convierta en una nueva realidad.

La familia también puede ser Sacramento del Amor de Dios. Por eso invitamos a toda la familia a realizar este gesto¹:

1. Es el momento de ponernos delante del Señor y contarle cómo estoy hoy, cómo me siento. Centrarme en todo lo positivo de mi vida. Queremos dar **GRACIAS** a Dios por tanto bien recibido. Centrarme en todo lo bueno que tenemos, en la suerte de poder vivir en una casa, de tener para comer, de tener medicinas, papis que nos cuidan, hijos que nos alegran el día, los abuelos que nos enseñan con su sencillez... Revisar por qué le quiero dar GRACIAS a Dios hoy.



Puede ayudar escuchar esta canción:

<https://www.youtube.com/watch?v=PQfMtfqtbw4>. En silencio, cada uno piensa en que quiere AGRADECER (ayuda escribirlo o comentarlo).

2. Ahora, os invitamos a pensar en lo que no quiero ofrecerle al mundo. Aquellas cosas que me alejan de los demás, del mundo, de Dios. Se trata de pararme a reflexionar sobre aquellos errores, pecados, faltas que obstaculizan mi relación con los demás y con Dios, a gestos que no me hacen sentirme orgulloso/a de mí mismo. Pido **PERDÓN**.



Nos puede ayudar esta canción, con este vídeo:

<https://www.youtube.com/watch?v=Cya-dR4dyXk>. Cogemos una tarjeta y escribimos las 3 cosas por las que le queremos pedir perdón a Jesús.

3. Os invitamos a compartir en voz alta (con libertad) los pecados en los que hemos queridos sentir el perdón de Dios. Cada miembro de la familia puede compartir y dejar su tarjeta en el centro de la mesa, o dentro del cuenco. Al terminar de hablar cada uno, podemos hacer un gesto de perdón, podemos hablarle al otro, decirle, explicarle por qué le perdono y romper la tarjeta de esa persona. Así nos sentimos liberados, perdonados por el AMOR de la familia, que es como el AMOR de Dios Padre, que todo lo perdona.

¹ Tomado del texto de Martini adjunto para celebrar el sacramento de la reconciliación